

EN EL SEXTO ANIVERSARIO DE SU MUERTE

Jesús Silva Herzog, cada vez más actual***Fernando Carmona***

Jesús Silva Herzog sí fue un profeta en su tierra. Podría decirse que la admiración que despertó entre tirios y troyanos se basó en razones diversas y aun contrarias, pero todos valorábamos seguramente su integridad personal. El ejemplo vivo de voluntad y carácter para imponerse sobre la adversidad de su muy reducido campo visual; su benevolencia, idealismo y el profundo *interés desinteresado*, como solía decir, en todo lo concerniente a nuestra patria, al mundo y a lo humano.

[. . .] es preciso decir y repertirlo una y mil veces, escribió en su *Mensaje a un joven economista*, en 1967, que lo que importa es el hombre, que lo que importa es conservar sus valores auténticos y lograr su superación. Al hablar del hombre pensamos en plural y no nos referimos al hombre económico, metafísico o biológico, porque son meras abstracciones; nos referimos al hombre en todos sus variados aspectos.

* Discurso leído en nombre de la familia Silva Herzog, en la ceremonia organizada por la Liga de Economistas Revolucionarios del Distrito Federal, en la Rotonda de los Hombres Ilustres, en el Panteón Civil de Dolores de la ciudad de México, el miércoles 13 de marzo de 1991.

* Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, alumno de la generación 1944-1948 en la Escuela Nacional de Economía de la propia Universidad.

tos y contenido múltiple, al hombre en toda su cabal integración. Y al bienestar y los destinos superiores de ese ser complejo y contradictorio precisa subordinar toda actividad creadora: la estructura económica, las infraestructuras, los sistemas políticos y sociales, la investigación científica y la obra de arte [...]

Don Jesús Silva Herzog defendía sus convicciones en público y en privado; llamaba pan, al pan y vino, al vino, más en términos justos, positivos, con objetividad, constructivamente, sin ofender a nadie en lo personal, sin eufemismos pero sí con bellas, a menudo lapidarias metáforas. *Rara avis*, durante más de dos décadas cruzó los pantanos de la alta administración pública mexicana sin mancharse, y recorrió la última y más fructífera mitad de su larga vida con una acrecida *Inquietud sin tregua* —dijo él mismo al titular así uno de sus libros— sobriamente, sin vivir ni pensar ni actuar como un millonario, ni como un intelectual cortesano, indiferente a la suerte de las mayorías.

Puede decirse que estuvo siempre abierto a la juventud, aún cuando dejó de profesar la cátedra directa desde la segunda mitad de los años sesenta. Y que durante más de medio siglo fue un paradigma y predicó con el ejemplo:

A mis alumnos economistas les he dicho que su primer deber consiste en desempeñar escrupulosamente el oficio de hombre, el más difícil de los oficios; el cumplir cabalmente con sus deberes ciudadanos y en servir como profesionistas a su patria con laboriosidad, capacidad y honradez, dijo cuando el Colegio Nacional de Economistas lo homenajeó precisamente por sus 50 años de actividad docente.

Vivió y murió como un hombre de izquierda, que no cupo en ninguna casilla prefabricada, pero cuya congruencia en el decir y el hacer, en el pensar y el actuar, no dejaron lugar a dudas. Una y otra vez laureado y halagado por los sucesivos gobernantes de México y por las viejas y nuevas camadas de profesionales de la Economía y otras disciplinas, a menudo en nombre de la “revolución”, mantuvo siempre el espíritu crítico, nacionalista y justiciero de un verdadero patriota y a la vez un profundo humanista, bien pertrechado por la ciencia social —la economía y la historia, la sociología y la ciencia política, y también por la filosofía y la literatura—, proyectado al futuro, fincado en el presente y con las más hondas raíces en el pasado nacional y universal, entendido éste por él como una *hazaña de la inconformidad*. Por ello podía afirmar:

Desempeñé modestos puestos públicos, y tuve altos puestos públicos —repetía con la frente en alto quien entregó su vida a un México en revolución en el que muchos, demasiados actores se corrompieron y en algunos casos me dio mucho trabajo no hacerme millonario. En los altos puestos públicos jamás mis labios se mancharon con el vino de la adulación, y mis manos quedaron limpias, absolutamente limpias de peculado. ¡Por eso tengo el honor de ser pobre!

* * *

Moderno Herodoto, casi ciego, don Jesús veía más, mucho más profunda y certeramente que muchos videntes acomodaticios que pretendieron ser sus discípulos (“alumnos”, corregiría don Jesús; “yo tuve muchos alumnos y unos cuantos discípulos”, repetía a quienes podríamos decir que en muchos años de escuela tuvimos muchos *profesores* y sólo unos pocos *maestros* como él). Escudriñaba las realidades de nuestra historia y de nuestro tiempo, tanto o más que como un sabio científico de la sociedad, como un poeta humanista y digno y orgulloso ciudadano latinoamericano, del “Tercer Mundo”, henchido de fe en los pueblos de México y Nuestra América e ineludible opositor del imperialismo como sistema.

Con su acerada voluntad, tenacidad, paciencia, orden, disciplina y eficaz método del trabajo, el maestro Silva se impuso por sobre una condición personal que aplasta a la mayoría (“yo tengo que trabajar con ojos prestados”, afirmaba). Si no fue el único escritor ciego, tomemos en cuenta que a diferencia del argentino Jorge Luis Borges, por ejemplo, que fue principalmente un *inventor literario*, Jesús Silva Herzog se debía, como *investigador científico*, a la realidad, a la precisión en las numerosas referencias bibliohemerográficas de sus obras, a la exactitud en las abundantes transcripciones del pensamiento ajeno, a la concreción en el manejo de cifras.

Todo esto tenía que elaborarlo estrictamente en su cabeza, sin la oportunidad que quienes descansamos en ojos propios tenemos de volver a las marcas, “claves” y señas que situamos en libros, revistas y documentos; de descargar la memoria de una larga lista de elementos auxiliares que podemos fácilmente consultar en las tablas, informes, anexos, enciclopedias, manuales, compendios y anuarios acopiados en el curso de una investigación ordinaria, en la cual descansamos —más de lo que imaginamos— en nuestra memoria visual.

No olvidemos que él requería de los "ojos prestados" no sólo para "leer" y recibir información, sino también para escribir, ejercicio para el cual dependió por entero, durante décadas, del dictado; y que su posibilidad de volver sobre sus escritos en proceso para aclarar, anotar, matizar, corregir, intercalar, cambiar de orden y pulir sus textos era necesariamente limitada. Escribía muy bien porque hablaba muy bien: escribía como hablaba, pero su cerebro realizaba la inconsútil tarea de refinar textos que no veía.

La parte más vasta y valiosa de la obra intelectual del maestro Silva fue la que cuajó a partir de que su agudeza visual, dramáticamente defectuosa desde su nacimiento, se contrajo al mínimo ("un 5 a 10% y en un sólo ojo", solía repetir), desde la segunda mitad de los años cuarenta. Por sí mismo este es un imperecedero ejemplo de voluntad, carácter y amor a la vida que nos deja el maestro, tanto más que su trabajo fue un trabajo crítico e ineludible de la razón, siempre desde el ángulo de un demócrata que se debió a su pueblo y al progreso de la patria.

Desde entonces, cuando se retiró de su último cargo propiamente político, el de subsecretario de Hacienda y Crédito Público —entonces uno solo y no varios como en la actualidad— redactó sus libros principales y más numerosos que cubren múltiples temas. También en ese periodo revisó, ordenó y publicó buena parte de la extensa producción previa de quien durante muchos años fuera un político, administrador, periodista, diplomático, funcionario, editor, investigador, asesor, conferenciante, promotor de bibliotecas, centro de estudio y publicaciones, y siempre, un cumplido, erudito pero claro y entusiasta maestro en la cátedra para normalistas, agrónomos, sobre todo economistas o simples trabajadores.

Puede decirse que la infatigable y sorprendentemente puntual publicación, bimestre tras bimestre y durante más de cuatro décadas, de *Cuadernos Americanos*, es un hito de su fértil labor. Detrás de las decenas de miles de páginas impresas en los 429 gruesos volúmenes de *Cuadernos* que el maestro dirigió personal y directamente hasta su muerte, sin contar las de los muchos libros editados con su pie de imprenta, anida una imperturbable vocación, nutrida de pasión, teazón, entusiasmo verdaderamente juvenil en la tarea de conjuntar las plumas más diversas de toda Nuestra América, para lo cual redactó miles de cartas y recibió otras tantas; en la de leer con ojos prestados, seleccionar, ordenar y distribuir mate-

riales entre las cuatro secciones permanentes de su "revista" —más bien un libro bimestral de unas 300 cuartillas en cada número—, sin contar los originales no impresos; en la de asegurar la oportuna publicación de la entrega de cada dos meses, durante 44 años y sin recurrir nunca a una "segunda", "tercera" o "nueva" época; en la de resolver frecuentes problemas financieros echando mano a sus eficaces "sablazos intelectuales" —decía— y a su propio bolsillo; en la de afrontar contradicciones y lograr, con un mínimo equipo humano y material, darle continuidad e independencia a tan vasto esfuerzo.

No de gratis la UNESCO y La Casa de las Américas de Cuba, le rindieron homenaje en el cuadragésimo aniversario de esta publicación, aún vivo don Jesús. Y desde luego, si bien ya nunca será lo mismo sin la presencia del maestro, es bueno que la UNAM continúe la publicación de *Cuadernos*, ahora bajo la dirección del respetado latinoamericanista Leopoldo Zea.

* * *

Cuando tuve el privilegio de iniciar una relación con el maestro ya sabía que él fue quien primero demostró, o al menos uno de los primeros y aquél cuyos planteamientos alcanzaron la mayor resonancia en los años cuarenta, en pleno alemanismo (y por ello afrontó las críticas de la izquierda y de la derecha), la muerte de la Revolución Mexicana y hasta cierto punto, el carácter capitalista y no "antimifeudal" de este trascendente hecho histórico; que suya fue la sugestiva tesis sustentada con sólida fundamentación, de que después de la transición ávilacamachista se había iniciado en México una suerte de *neoporfirismo*; que él era uno de quienes más hondo calaron en el pensamiento social, económico y político de los mexicanos al través de la historia, quien desde vertientes diversas de las recorridas por juristas e historiadores, incluso marxistas, apoortaba elementos para desmitificar y "desimplificar" la historiografía oficial, al ubicar en su tiempo y marco social respectivo las concepciones de los Lucas Alamán, los Esteban de Antuñano, los Mariano Otero, los Miguel y Sebastián Lerdo, los Guillermo Prieto, los Andrés Molina Enríquez, quien había trabajado duro para poner frente a las nuevas generaciones de economistas las figuras de los Wistano Luis Orozco, los Lauro Viadas o los Rafael Nieto y fue seguramente quien más contribuyó a ordenar la historia del pensamiento agrario en México.

Asimismo sabía que Silva Herzog fue un participante destacado en la gesta de la educación, sobre todo rural, en un México entonces poblado principalmente por campesinos pobres —junto al todavía satanizado Narciso Bassols, cuya memoria siempre honró—, la reforma agraria y la expropiación petrolera; que desde el primer momento fue un ciudadano que se enfrentó a la “guerra fría” y al macartismo, y se colocó en las filas de los defensores de las revoluciones ant imperialistas derrotadas en Guatemala y Bolivia.

Pero ya pude ser testigo del calor con el que el maestro Silva saludó la buena nueva de la Revolución Cubana, la revolución liberadora a la que en poética imagen identificó con la Isla de Utopía de Tomás Moro, a donde en 1969 hizo su último viaje al extranjero. Me consta que no titubeó nunca al situarse del lado de Salvador Allende y la Unidad Popular chilena y de la Revolución Popular Sandinista nicaragüense. Y que nunca tuvo reposo frente a las dictaduras latinoamericanas de toda laya, los gobiernos prepotentes de Estados Unidos y las otras metrópolis de los monopolios transnacionales, y frente a la demagogia, la corrupción, la frivolidad, la antidemocracia, la explotación del pueblo y el despilfarro criminal de los recursos nacionales en la propia sociedad mexicana.

* * *

Preguntémos: desaparecido ya, ¿a quién pertenece la memoria y el ejemplo de Silva Herzog? ¿Al México de las ceremonias y rituales o al pueblo trabajador mexicano que él siempre tuvo en su cerebro y su corazón? ¿A los conservadores que hablan de la “revolución mexicana” que hace mucho agotó su ciclo como él lo demostrara, o a quienes en la brega por un México mejor se empeñan en ser herederos de la Revolución Mexicana con mayúsculas, que en un largo trecho Silva Herzog contribuyó a alentar? ¿A los reaccionarios que combatió y a los conservadores ajenos y opuestos a su preocupación, o a quienes aspiran a fundirse con su pueblo en un esfuerzo por transformar la realidad injusta y por redimir los derechos históricos de un pueblo que no ha dejado nunca de luchar por la libertad y por el propio bienestar?

Vivo, don Jesús perteneció a la izquierda histórica y muerto también es parte de ella; es decir, de acuerdo con sus propias palabras, de

[...] los que luchan sin cesar contra la miseria, la ignorancia y el hambre de las grandes masas de nuestra población; [...] los que defienden la soberanía nacional y la independencia económica del país; los que marchan hacia adelante para alcanzar metas nuevas de justicia social; [...] los que quieren un gobierno honrado, progresista y patriota.

En lo personal no tengo la menor duda: Jesús Silva Herzog, su vida y obra pertenecen a su pueblo, a la izquierda, a los que luchan por acabar con la explotación de los más, de los que nada o muy pocos bienes materiales poseen, por los menos, por una escuálida minoría de mexicanos y extranjeros “transnacionalizados” propietarios del capital y verdaderos detentadores del poder.

* * *

El maestro Silva era un hombre que pudo haber vivido sus últimos años vuelto hacia un pasado cubierto de glorias, como otros destacados mexicanos de avanzada edad. Sin embargo su actitud fue muy otra: echaba mano de aquél para asentar sus plantas firme y críticamente en el presente. Se negó a ser un “santón” y mantuvo sin claudicaciones su fe en un mejor porvenir para el pueblo, en un porvenir socialista necesariamente mexicano, para México, y desde luego no una calca mecánica y burda del de cualquier otro país.

(“Cada año que pasa soy más de izquierda” le gustaba repetir; o bien: “lo que más me enfada de que me llamen ‘rojillo’ es el diminutivo; rojo se debe decir”). En los últimos tiempos ya no fue ni podría ser un militante revolucionario; pero sí un intelectual que pensaba como revolucionario y un militante de la verdad que siempre es revolucionaria.

Su denuncia de la pobreza, el atraso, la insalubridad de las mayorías de nuestros compatriotas no cesó nunca, ni siquiera en los años de mayor ascenso de la Revolución Mexicana durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, como tampoco la de la injusticia prevaliente en el campo mexicano y del crecientemente negativo peso de las inversiones extranjeras y el endeudamiento externo del país. He aquí unos cuantos fragmentos que dan cuenta de su pensamiento:

Inconformidad; ¿inconformidad con qué en estos momentos? Inconformidad con la tremenda concentración de capital en pocas manos.

Sobre todo en los dos últimos sexenios; concentración que comenzó con el sexenio de 1946 a 1952. Estoy inconforme con la opulencia y la miseria; estoy inconforme con los millones de mexicanos desnutridos frente a los centenares de mexicanos ¡hartos e inmensamente ricos! Estoy inconforme con el 'jacal', con los 'harapos' con que a veces se viste nuestro pueblo [...], dijo al recibir la medalla *Eduardo Neri*, que le fue otorgada por la Cámara de Diputados en 1972.

Las fallas del neoporfirismo —que don Jesús situaba a partir del gobierno de Miguel Alemán— fueron fundamentalmente las mismas o casi las mismas en lo económico que las del porfirismo: la concentración del capital en pocas manos, el otorgamiento de facilidades a la inversión directa de empresas extranjeras sin ninguna reglamentación, y la distribución injusta, terriblemente injusta del ingreso nacional, como si no hubiera habido en México una revolución cruenta que costara un millón de vidas humanas [...], dijo en otra oportunidad.

Jesús Silva Herzog mandó y gobernó sobre su propia vida y sobre sus *Cuadernos Americanos*, que sin embargo contaron con un prolongado fideicomiso estatal. Fue un creador independiente e insobornable que no se subordinó a designios o imposiciones de los funcionarios de ocho gobiernos sexenales, a partir del de Ávila Camacho.

Las debilidades y errores en su quehacer, como todos los formidables aciertos, suyos fueron. Son parte inextricable de su pensamiento y acción, de su escala propia de valores, de sus concepciones, simpatías y afectos, de sus relaciones personales. Fue muy conciente —lo comprendí en varias pláticas con él sobre proyectos editoriales— del carácter de su prestigiosa publicación y de las concretas limitaciones y posibilidades que afrontaba en cada fase, las cuales tenía que calibrar constantemente y en lo que podía desde luego equivocarse; pero no se sometió a dictados mercantiles u oficiales, aun de los más altos personeros del régimen.

Así lo pude apreciar sobre todo en las coyunturas políticas nacionales del 68 cuyo momento culminante sería la matanza del 2 de octubre del 71, el día de Corpus Christi, del 76 y sus devaluaciones y en otros momentos posteriores.

* * *

La independencia política e ideológica del socialista irredento Jesús Silva Herzog frente a la clase dominante-dominada mexicana,

se cimentaba en sus férreas convicciones y también en una paradójica y difícil autonomía económica de quien con su energía dio vida a tales empresas.

Tal autonomía a su vez fue posible porque el maestro nunca utilizó los medios públicos que le fueron asignados como una canonjía personal, sino para cumplir a cabalidad inobjetables propósitos públicos claramente pactados, y porque alcanzó la condición de maestro emérito en la UNAM y miembro del Colegio Nacional, dos instituciones estatales, no por influencias y por una dócil fidelidad al sistema sino por sus méritos sobresalientes e indisputables acumulados en décadas de un esfuerzo ejemplar.

¡Ahí está una diferencia principal en la trayectoria de Silva Herzog y la de tantos otros académicos e intelectuales mexicanos de las épocas —así, en plural— que le tocó vivir!

Con lo anterior en mente podemos preguntarnos ¿No es una hazaña esta larguísima y consecuente trayectoria intelectual y ciudadana de inconformidad en nuestro país, donde tantos intelectuales antes rebeldes, más pronto o más tarde se conforman?; ¿donde la corrupción, dato tan aberrante como permanente en nuestra historia más que secular y al fin de cuentas consustancial en el sistema de mercado que todo convierte en mercancía, empezando con el trabajo humano, y donde con una remarcable y prolongada estabilidad política, adquiere formas más enquistadas que en otras naciones en las cuales es mayor el juego de partidos que se turnan en el gobierno y la oposición es más influyente?

¿Acaso no es una gran proeza aquí donde por desgracia la corrupción cobra el carácter de una hidra de mil cabezas, y en el cual muchos intelectuales para realizar anhelos equiparables a los del maestro Silva se cobijan —y casi siempre se eternizan— en el Estado y a menudo pierden su independencia, acaban por renunciar a sus sueños y aun por hacer lo contrario de lo que se habían propuesto? ¿Y no acontece que ese acomodo y medro, el enriquecimiento consiguiente y la sexenal reinserción, somete a dichos intelectuales a las directrices cuando no a las instrucciones de quienes ejercen el poder e incluso terminan por volverse prácticamente estériles? Nunca don Jesús siguió ese tortuoso camino.

Silva Herzog, el autodidacta que carente desde niño de una vista normal apenas pudo concluir los estudios formales de la primaria y los de una academia comercial potosina —ni siquiera los de secundaria, limitados durante el porfirismo a unos cuantos mi-

les de mexicanos—, se ganó a pulso la licenciatura ex officio y el doctorado *honoris causa* en Economía otorgados por la UNAM y otras universidades nacionales y extranjeras.

Indudablemente llegó a ser un maduro economista, que en sí conjuntó una cultura filosófica, literaria e histórica superior a la que obtiene la gran mayoría de los universitarios, y a aportar a la cátedra y a la bibliografía económica mexicana así como a promover el estudio de esta disciplina en México y en el extranjero, como ningún otro compatriota.

Pero el maestro Silva Herzog fue más, mucho más que un gran economista, aunque para los mexicanos y también para muchos latinoamericanos de esta profesión, llegó a ser un símbolo viviente y un guía seguro. Desde luego asimismo fue un distinguidísimo intelectual polifacético, mas, sobre todas las cosas, un gran ciudadano y un ejemplo de honradez y valor civil, que podría no yacer en esta Rotonda pero de todas formas merecería la veneración de los mexicanos de bien.

* * *

Hoy, cuando después de 10 años de crisis y grandes cambios en el escenario mundial y nacional, la transnacionalización y desnacionalización de México y Latinoamérica avanza a pasos agigantados; cuando la privatización y las loas a un mágico mercado sustituye en nuestros países a la iniciativa económica y social planificada del Estado; cuando la sangría del excedente económico nacional por los intereses, regalías y dividendos de los bancos y empresas extranjeras, por las fugas de capital y por el intercambio desigual en el comercio exterior se multiplica, a la vez que se facilita mediante la apertura de nuestras economías; cuando la retracción de los ingresos reales de las mayorías se ha llevado a los niveles de hace más de 30 años y contrastan con la aguda reconcentración de la riqueza y del ingreso de las ciudades y en el campo; cuando la educación, la salubridad y la seguridad social públicas padecen graves carencias; cuando la destrucción y polución de la naturaleza alcanzan inauditos extremos, y cuando la integración de nuestros países a la superpotencia del Norte que pretende regir un mundo “unipolar” e imponer un “nuevo orden internacional” supuestamente “neoliberal” —en realidad el Viejo Orden Imperial del cual todos aquellos desastres son consecuencias—, es pre-

ciso que los economistas y los mexicanos todos aprendamos de la honradez, patriotismo y valor civil de Jesús Silva Herzog.

Al amar como Silva Herzog “a la familia más que a uno mismo, a la patria más que a la familia y a la humanidad tanto como a la patria”; al reconocer, con sus palabras, que “la independencia política es sólo una ficción si no descansa en la independencia económica”, más temprano que tarde seremos mayoría los mexicanos que por encima de banderías sabremos unificarnos, solidarizarnos en la decisión de lograr la patria soberana e independiente, unida y libre, que cumpla su papel en una Latinoamérica y un mundo en el cual sea posible, según el sueño del Maestro “la armonía entre el hombre y la naturaleza, y la armonía de los hombres entre sí, en la que el hombre ya no sea el lobo del hombre, sino amigo fraternal del hombre”.